

las matracas regadas por el suelo y desmoronadas. Ese día las chinas, alegría y encanto de Fidel, las de camisa de randas, enaguas de castor y banda á la cintura, perdieron el dinero, y lo mismo pasó á los fabricantes de carritos, muñecos, navichuelos y demás chismes con que aturden á la gente en estos días los chicos y sus cuidadores.

Y todo fué promovido por un carro cargado con cadenas, que atravesaba por el costado de la Profesa.



CAPÍTULO XXI

Coplas de Aguilar y Marocho y prisión de Garza



MI amigo el antiguo memorialista y moderno propietario, había cambiado en unos cuantos días. De obeso, colorado, alegre y de buen humor que era, se había convertido en viejo apergaminado, flaco, que dejaba ver las arrugas y sentía caérsele los pantalones. Él, que había dormido teniendo por cabecera piedras de tezontle, ahora no podía reclinarse en la que el sabio llamó suave almohada de la duda. Cuidados y disputas domésticas lo habían traído á aquel triste término.

Sin embargo de la defección de Pancha, la tertulia seguía reunida al amparo de la mujer, que tenía el pandero en la mano, como siempre lo había tenido, sin que se hubiera escapado de su robusta diestra más que una vez.

Un viejo de barragán, cara amarrada y mirar sesgo y al soslayo, llegó cuando el cónclave estaba en pleno.

— ¿Qué se sabe de lo del jueves? preguntó receloso.

— ¿Qué ha de ser? dijo la señora del tápalo amarillo; sino que este gobernador, que Dios confunda, se metió á la Catedral á caballo.

— Eso no es cierto, interrumpió Gordo, con entonación de rey Sobrino; Baz no hizo más que guardar el orden, como era de su obligación y le convenía.

— ¡Pero si yo le vi, hombre! replicó con furia doña Pancha; si hasta sentí las pezuñas del penco en la purita cara, como si hubiera sido el Jacobo de Santo Santiago.

— El miedo te hizo ver visiones. ¿Verdad, mi capitán, que nada de eso pasó?

— Que yo sepa, no sucedió sino lo que todos vimos.

— Es que se trataba de matar á los señores canónigos, y como no se logró, á eso vino la alharaca.

— ¡No es cierto! grité enojado: los canónigos eran quienes trataban de hacer estallar una revolución. En cuanto á esas tonterías de haberse metido gentes á caballo á la iglesia y demás, no pasa de habladurías de desocupados.

— Pues no opina así, dijo el del barragán con sonrisa maliciosa, el *Cronista de los Reyes*, que ha referido la batalla con sus pelos y señales.

— ¿Qué *Cronista* es ese?

— Es, insinuó con misterio el vejestorio, un personaje muy alto, muy alto, que ahora se encuentra escondido, temeroso de una venganza.

— ¡Lares! exclamé yo.

Me hizo el tío de los anteojos señal de que no era él, y dije con despecho:

— No, no ha de ser, porque como acaba de regresar de Europa Martín Rul, á quien él mandó como loco estando más cuerdo que nunca lo ha estado don Teodosio, de seguro teme que lo acogote.

— ¿Bonilla?

— No hace versos.

— ¿Y los de la Urbanidad?

— No es él.

— ¿Aguilar y Marocho?

— Quizás.

— En fin, desembuche usted, que no se nos cuece el pan.

Y con entonación de sacristía, el misterioso empezó:

Bajo este sistema ruin
En que no impera la ley,
¿Qué es Comonfort? Es el rey.
¿Y Juan Baz? Es el delfín.

— ¡Muy bien! exclamaron todos. Vino la descripción de la persona de Baz y luego la de la batalla:

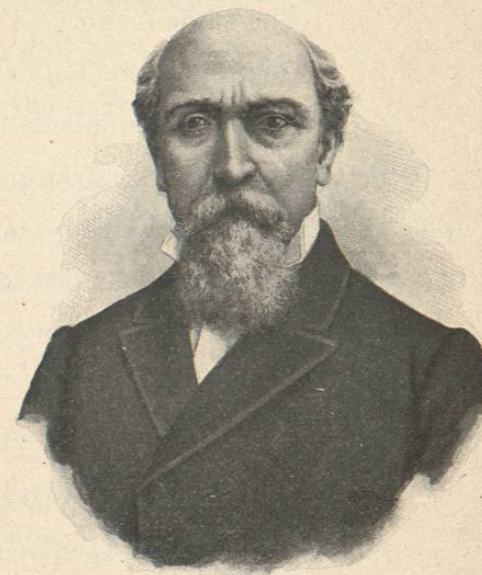
Fija cual buen general
 Su primera paralela
 En medio de la plazuela
 Para sitiarse Catedral.
 Él, en un punto central,
 Dirige al otro visuales,
 Para que de los ciriales
 Los fuegos bien combinados,
 Queden al punto apagados
 Por sus fuegos transversales.

Contra un rojo monacillo
 Una pieza diestra aboca,
 En tanto que otra coloca
 Frente del Empedradillo.
 Infatigable el caudillo
 Asesta una batería
 Para enfilear la crujía,
 Y ordena que á los blandones,
 Que son hombres de calzones,
 Cargue la caballería. •

Previene que haya desmocha,
 Si resisten sin empacho,
 El Señor del Buen Despacho
 O el Santo Niño de Atocha.

Una culebrina mocha
 Apunta á San Valentín,
 Un obús á San Martín
 Y diez pistolas de muelles
 A los pobres Santos reyes,
 Bisabuelos del Delfín.

Las risas eran ya
 raudales de llanto; to-
 dos, menos yo, se
 apretaban el estóma-
 go, como si fueran á
 reventar; todos, me-
 nos yo, encontraban
 aquello precioso, gra-
 ciosísimo, la última
 palabra del chiste.
 Y cuando Comonfort
 toma la palabra para
 recompensar á Baz,
 fueron los gritos y las exclamaciones de regocijo:



D. JUAN JOSÉ BAZ

Mi gratitud es inmensa,
 Igual á tu sacrificio.
 ¿Tan eminente servicio
 Dejaré sin recompensa?
 El elogio de la prensa

¿Qué vale, aunque sea sesudo?
Yo mis decretos no mudo,
Mi resolución tomé,
Y por premio te daré
Dos títulos y un escudo.

Acéptalos, son primicias
Que tu denuedo y tu fe
Bien merecen. Así es que,
Formando tú mis delicias,
En uso de mis franquicias
Y amparado con el manto
Del plan de Ayutla, por tanto:
A más de mi *Adelantado*
Quedas desde ahora nombrado
El Duque del Jueves Santo.

De tu casa en el blasón
Es bueno que se registre
Con escudo, lanza en ristre,
Manopla y yelmo un campeón,
Que al correr de su trotón,
Entre aplauso general,
Lleno de furia infernal,
Se vea con estudio y arte
Pasando de parte á parte
A la iglesia Catedral.

Moribundas dos navetas,
Desangrándose un telliz,
Manca una sobrepelliz,
Una estola con muletas,
Un alba huyendo en chancletas,
Prisioneros dos manteos,
Dispersos seis solideos,
Contuso un bonete adulto
Y un misal pidiendo indulto:
Esos serán tus trofeos.

Estas son las famosas décimas de la *Batalla del Jueves Santo*, que, á falta de otros méritos, tienen el de haber dado ser y nombre al héroe y al autor. A la fecha nadie se acuerda de las empresas políticas de Aguilar, de su carrera de periodista y de su habilidad como escritor; ni menciona nadie los eminentes servicios de Baz, su actividad, su talento y su impetuosidad.

Cuando se dice Aguilar, ya se sabe; todo el mundo exclama:

— Sí, el autor de las décimas de la Batalla del Jueves Santo.

Cuando se menciona á Baz, cualquiera piensa:

— Sí, el que se metió á caballo á la Catedral. Y repite:

¿Quién es? Es Juan José Baz.

Es Monseñor el delfín.

Queriendo vengarme de la risa que había causado aquella lectura, dije al vejstorio:

— Y lo triste es que por esas tonterías sufran los inocentes; el pobre arzobispo está preso de orden del Gobernador y los canónigos están también á la sombra.

Estupefacción general; asombro en todas las caras, como si hubiera contado que la tierra acababa de salirse de sus ejes diamantinos y se había soltado vagando por el espacio.

— ¡El señor Arzobispo preso!

— Eso no puede ser.

— ¡Aquí va á llover fuego del cielo!

— Ya lo habían dicho las profecías de Matiana.

— ¡Dios nos tenga de su mano!

— Este Comonfort es el Anticristo...

— Todo esto estará muy bien, dije tomando el desquite; pero es el caso que la pena ya está corriendo y que se dice á don Lázaro que no se le destierra por respeto á sus costumbres privadas, que son buenas.

— Pues sólo eso faltaba... Bien dice el dicho: «Cría cuervos y te sacarán los ojos.» El señor Garza crió á sus pechos á Baz y á todos los suyos, les dió el alimento de su enseñanza, y mira el pago que le dan.



CAPÍTULO XXII

Me comisionan para tantear la opinión

HLOVÍA á mares, con esa tenacidad que solamente se acostumbra en esta ciudad de los palacios (por hacer). El Presidente salió envuelto en una larga capa militar y tocado con un chambergo de alas anchas.

— Amigo Pérez, no quisiera decírselo; pero con este tiempecillo tenemos que marcharnos á Tacubaya.

— A sus órdenes, mi General.

— Diga que enganchen, y aguárdeme abajo con esta cartera.

— Muy bien, mi General.

Más de un cuarto de hora esperé en la base de la escalera; los cocheros, que creían pasaría el General la noche en México, se dieron prisa á arreglarlo todo, y cuando